

---

**Alejandro SADA, Tracey ROWLAND y Rudy ALBINO DE ASSUNÇÃO (eds.),**  
*Ratzinger y los filósofos. De Platón a Vattimo*, Madrid: Encuentro, 2023,  
523 pp., 15 x 23, ISBN 978-84-1339-161-8.

La talla teológica de Joseph Ratzinger/Benedicto XVI es sobradamente conocida, pero parece que los aspectos filosóficos de su pensamiento no han sido suficientemente explorados por la literatura académica. Ciertamente, el teólogo alemán no contó con un doctorado en filosofía ni una carrera académica en esa dirección (como sí la tuvo su admirado predecesor en la sede petrina, Juan Pablo II) pero su talento intelectual facilita que se encuentre a gusto en el debate filosófico tanto con autores del pasado como del presente. En efecto, Ratzinger es un magnífico teólogo y por eso está en las condiciones idóneas para saltar al campo de juego de los filósofos y ofrecernos unos diálogos esenciales, de indudable interés y relevancia. Su confianza en la razón humana (finita, pero no por ello menos real) le cautiva hasta tal punto de que el calificativo de “filósofo” termina por definirle con propiedad; incluso con mayor razón que a algunos “filósofos” con los que dialoga. Sus consideraciones se mueven siempre en el horizonte de la verdad, donde la naturaleza de las cosas nos abre a lo que es justo y, por tanto, a orientar nuestra acción (p. 464). En definitiva, Ratzinger va al núcleo de la actitud primordial de todo filósofo: la convicción de que la razón es primordial; es decir, que lo racional es anterior a lo irracional (p. 468). Un cristiano está en condiciones óptimas para hacer filosofía, pues no en vano su religión es la del Logos (Verdad y Palabra). A nuestro autor le gusta recordar la frase de Tertuliano: “Cristo no se llamó a sí mismo *costumbre*, sino *verdad*” (p. 10): por eso la revelación judía se abre a la universalidad del pensamiento humano de todo tiempo y cultura, sin encerrarse en una particularidad histórica. La sabiduría, el *Logos*, funda la realidad, porque la racionalidad y la bondad son anteriores a la irracionalidad y lo absurdo (p. 316).

Esta obra colectiva, cuenta con los trabajos de los más conocidos intérpretes de la obra del teólogo alemán desaparecido hace poco más de un año. Por un lado, los estudios abarcan un espectro representativo de la historia de la filosofía desde Platón hasta nuestros días. Así, Manuel Schlögl nos acerca a Platón desde la teología de Ratzinger; Emery de Gal, nos introduce con uno de los grandes maestros de nuestro teólogo (san Agustín), mientras que David González Ginocchio trata de otra influencia decisiva en nuestro autor: san Buenaventura. Pablo Blanco (reciente Premio Ratzinger de 2023) nos abre la

puerta a santo Tomás y a su influencia, a veces menos evidente, en el pensamiento ratzingeriano. Entrando en la filosofía moderna, Jacob Philipps nos habla del diálogo de Ratzinger con Kant; Eduardo Charpenel, de la presencia de Hegel y su crítica en la teología de Ratzinger; y Euclides Eslava, de su respuesta al pensamiento de Comte; Tracey Rowland (teóloga australiana, Premio Ratzinger 2020) habla del impacto de Marx y el materialismo marxista; Owen Vyner dedica su exposición a la respuesta de Ratzinger a los planteamientos nihilistas de Nietzsche. Con la filosofía del siglo XX, Ratzinger mantiene un diálogo constante tanto con la gran tradición judeo-cristiana, como con los pensadores ajenos (o contrarios) a esa tradición. Así, Marius Biliniewicz trata de las aportaciones del personalismo de Buber a la teología del teólogo bávaro; Rudy Albino de Assunção de las ideas de Kelsen, Rorty y Rawls y la crítica de Ratzinger a sus propuestas; la influencia decisiva de Guardini en la configuración del pensamiento de Ratzinger es tratada por Marcela Jiménez Unquiles; Tracey Rowland, de nuevo, nos introduce en el concepto de racionalidad de la obra de Wittgenstein en diálogo con Ratzinger. No podía faltar la reflexión sobre la obra de Heidegger, introducida por Conor Sweeney; la razonabilidad de la fe en Edith Stein y Ratzinger es analizada por Mary Frances McKenna, así como el encuentro Habermas-Ratzinger; Eduardo Echeverría estudia el problema de la racionalidad en Popper; la relación intelectual de maestro-discípulo entre Pieper y Ratzinger es tratada por Hanna-Barbara Gerl-Falkovitz (Premio Ratzinger 2021); el diálogo crítico de Ratzinger con Sartre y Camus, con sus semejanzas y diferencias, es revisado por Alejandro Sada; Christian Schaller rastrea la relación Spaemann-Ratzinger; y finalmente el contraste entre Vattimo y Ratzinger es abordado por Thomas G. Guarino.

El diálogo crítico de Ratzinger con los grandes filósofos del pasado y del presente no se detiene en eruditas interpretaciones especializadas, sino que aborda, explícita o implícitamente, el núcleo esencial de la propuesta de cada autor y entra a debatirla de manera honesta, reconociendo su validez o señalando las limitaciones, pero siempre de manera relevante. Se articula así un interesante recorrido histórico de la confrontación y mutuo enriquecimiento del pensamiento cristiano con los diversos pensadores. En este recorrido intelectual se encuentran todos los grandes filósofos del pasado (aunque de manera significativa falta un estudio sobre Aristóteles y Descartes); las aportaciones, en algún caso, parecen tangenciales o indirectas, aunque sugestivas. Quizás algún conocedor del pensamiento ratzingeriano eche en falta los encuentros (o más bien desencuentros) con Flores d'Arcais, pero la índole de esta discusión

estuvo marcada por el tono polémico de este último sin un verdadero deseo de diálogo constructivo (como sí sucedió, por ejemplo, con el político italiano Marcelo Pera).

Si desde el punto de vista histórico el libro resulta de manifiesto interés, desde el punto de vista sistemático, este trabajo reviste, en mi opinión, una particular relevancia en las páginas iniciales (pp. 9-11): el Prólogo de Rudolph Voderholzer (obispo de Ratisbona y Director del Instituto Benedicto XVI) y el valioso estudio introductorio de Christian Poncelet (pp. 17-27).

El Prólogo de Voderholzer supone toda una declaración de principios. Tomando pie del mentor académico de Ratzinger, Gottlieb Söhngen, afirma que “estaba convencido de que era imposible prepararse adecuadamente para hacer teología sin contar también con la filosofía: «No importa cuán largo sea el camino de la filosofía, nunca es una desviación respecto a la teología; más bien, permite a uno embarcarse en el trabajo teológico eficaz más pronto que tarde». Análogamente, Joseph Ratzinger/Benedicto XVI, defendió la idea de que una filosofía robusta es el marco interior de la teología y, al contrario, una filosofía débil no se corresponde con una teología robusta” (p. 9). En efecto, filosofía y teología buscan respuestas, desde sus respectivas metodologías, a las cuestiones últimas de la existencia. Ambas se desarrollan juntas y se preguntan por lo radical con la ayuda de la razón y a la luz de la fe. En efecto, en la base de toda filosofía hay una creencia en la validez de la razón sin la cual toda filosofía se agostaría; y, a la vez, la razón humana, al conocer sus propios límites, se abre naturalmente a la fe. Por otro lado, Ratzinger reconoce que los fundamentos de Occidente se encuentran en la sabiduría griega, junto a la tradición legal romana y la bíblica de Jerusalén. En este sentido, la helenización del mensaje evangélico fue una apuesta por la racionalidad que ofrecía la posibilidad de universalizar el Evangelio merced a las categorías cultivadas en la filosofía griega; ésta, a su vez, veía corregidas algunas tesis fundamentales a partir de la revelación cristiana (por ejemplo, con la noción de creación o la de Dios personal).

Por su parte, el estudio de Christian Poncelet (“La comprensión de Gottlieb Söhngen de la Teología y la Filosofía”) proporciona el marco conceptual de todo el libro. En efecto, se recogen en esas páginas las ideas de Söhngen que marcaron decisivamente el pensamiento de Ratzinger. Söhngen distingue un triple uso de la filosofía: uso filosófico (esto es, filosofar con miras a la propia filosofía), el uso teológico (la razón puesta al servicio del conocimiento de Dios) y el uso cósmico (la aplicación de la sabiduría cristiana en la construcción de una cultura). Es posible advertir en esta distinción un cierto paralelismo

mo con los tres estados de la filosofía descritos por Juan Pablo II en la *Fides et ratio* (nn. 75-77): filosofía separada, filosofía cristiana y filosofía en la teología. Detengámonos en esta última consideración: en el uso teológico de la razón, donde “la razón sanada por la fe es el punto de partida de una ciencia filosófica y teológica responsable” (p. 24). Estas palabras pueden ser interpretadas en su sentido literal: sólo la razón sanada por la fe está en condiciones de dar respuesta a las preguntas esenciales de la filosofía y de la teología. De este modo, las ciencias y la filosofía pueden mantener su autonomía pues la teología no es la legisladora de sus principios, mientras que la razón sanada está en condiciones de ser fiel a sí misma para alcanzar las verdades últimas y el sentido pleno de la propia existencia. En definitiva, “una filosofía cerrada en sí misma, que niega *a priori* la posibilidad de una revelación de Dios, tiende a convertirse en una ideología a partir de una sobreestimación de la razón humana, al igual que la fe sin referencia al conocimiento natural se convierte en un sistema ideológico, por lo que ambas tendencias –el racionalismo y el fideísmo– se encuentran en esta deformación ideológica como un punto de fuga” (p. 27).

Se puede concluir que estamos ante una obra importante para conocer el pensamiento ratzingeriano tanto desde el punto de vista histórico como sistemático o especulativo; un punto de referencia obligado para filósofos y teólogos que desean juntamente dar respuesta a los desafíos del hombre actual y el de todos los tiempos.

José Ángel GARCÍA CUADRADO  
Universidad de Navarra  
DOI 10.15581/006.56.1.228